mundo gráfico

AÑO XXVIII
Número 1.371
Hermosilla, 73
Apartado 571
MADRID

Miércoles, 9 de Febrero de 1938

BLASCO IBÁÑEZ

precursor y artista del pueblo

HACE diez años que murió Vicente Blasco Ibáñez. recordar su nombre en estas horas febriles es poner en pie la figura ingente de un precursor, que hubiera sido un caudillo de esta rebeldía contra el despotismo, de esta febril aspiración hacia una mejor justicia social que significa la guerra española.

Como todo verdadero artista, como todo gran creador, Blasco Ibáñez era un temperamento rebelde, un agitador de conciencias, un verdadero revolucionario. Su arte de novelista era simplemente el medio de expresión de una inteligencia excepcional, de un gran corazón puesto al servicio de la causa de los que sufren hambre de pan y sed de justicia. El mundo de los humildes, «los pobres del mundo», tuvo en Blasco Ibáñez un exégeta y un caudillo.

En el gran escritor valenciano, el artista y el político se fundían de modo entrañable. Como que el hombre de letras quizá no hubiera existido sin la pasión, el ímpetu, la saturación de rebeldía que animó desde el principio de su lucha al caudillo popular.

Blasco Ibáñez empezó siendo periodista, y periodista político. Su primera obra, esa joya genial que es *La barraca*, la escribió en la Redacción de *El Pueblo*, robando horas al sueño, después de un intenso trabajo diario de polemista, de luchador político. Jadeante de cansancio, después de una de aquellas rudas batallas que significaban en Valencia los mítines republicanos, Blasco llegaba a su despacho del periódico y, como para buscar un sedante a su espíritu, trazaba una de aquellas páginas inmortales de los *Cuentos valencianos*. El coloso de vitalidad portentosa buscaba en la literatura un cauce de alivio a su pasión política.

El «arte por el arte», el «arte deshumanizado», le merecían a Blasco Ibáñez un desprecio profundo. El, nutrido en el más rico venero plebeyo, carne y sangre del pueblo, no concebía el arte como un entretenimiento de estetas selectos; se le antojaba eso placer egoísta, solitario e infecundo.

La pluma, hasta cuando dibujaba las líricas bellezas sensuales de *Entre naranjos*, era en sus manos un noble instrumento de trabajo útil, un arma esgrimida en defensa de sus ideales.

Como la de Galdós, toda la obra de Blasco está impregnada de esencia mesocrática y popular.

En toda ella alienta el soplo vivificador de una rebeldía tenaz, de una protesta continua contra las injusticias sociales de un amor entrañable a los humildes de la tierra.

Críticos amadamados han querido poner a Blasco, como a Galdós, el reproche de no haber sido un artista puro, de haber impregnado su obra de una substancia política y, por consecuencia, sectaria.

Y ése es precisamente, en Blasco como en Galdós, su mejor timbre de gloria: haber sido, al par que artistas geniales, hombres de su época y de su pueblo; haberse identificado con los dolores y los anhelos de la humanidad que les rodeaba, y consagrado su obra a educarla y a indicarles caminos de redención.

Todas las novelas de Blasco responden a esa directriz; tienen tanta emoción humana como belleza literaria; pero también tanta enjundia política como pasión. *Cañas y barro* y *La barraca* son el poema de la tierra, de la huerta que el hombre riega con su sudor y defiende con su sangre; es el amor ancestral al terruño, el instinto de propiedad del trabajador sobre su obra. En *La bodega* palpita, con todo su hondo dramatismo, la terrible injusticia del latifundio, la brutalidad del señoritismo terrateniente, la vida sombría, desesperada, del campesinado andaluz irredento, el fracaso de sus rebeldías, ahogadas entre la influencia del cacique y los tricornios de la Guardia civil. *La Catedral* es la visión dramática de una España caduca y levítica, del poder clerical, proyectándose como una sombra maléfica sobre toda la vida de un pueblo. *La horda* es la epopeya humilde de los parias de las grandes ciudades, la tragedia de los humildes, que carecen de todo: de pan, de trabajo, de justicia, en los mismos ámbitos donde los ahijados de la fortuna disponen de todo.

Toda la obra de Blasco, pese a su luminosidad descriptiva, a la palpitación sensual de que el artista enamorado de la forma la dota, está impregnada de ese inmenso dolor humano; tiene un hálito de rebeldía, un calor de multitud que protesta, una queja de hombre que siente en su corazón las terribles injusticias de la vida.

Murió Blasco Ibáñez sin ver realizado en el suelo de su patria aquel ideal que consumió los mejores alientos de su vida: la República.

Por ella se había jugado la vida, había estado en la cárcel, se hallaba en el destierro.

Tal vez a Blasco, caudillo del pueblo, auténtico revolucionario, rebelde verdadero, no le hubiera satisfecho aquella República ingenua que el año 31 vino con cánticos, en una incruenta revolución. Pero, el sueño de su vida realizado, Blasco, de vivir, seguramente hubiera sabido inyectar en aquella República confiada y tímida la esencia revolucionaria, las enseñanzas de su gran experiencia. Porque él hubiera sabido ver que en la República seguían agazapados, adormecidos, que no muertos, los tres grandes enemigos del pueblo a los que él había combatido siempre, y de los que no cabía esperar sino la traición: el latifundio, el alto clero y el militarismo.

Blasco, que fué un precursor, un agitador de conciencias y un excelso artista, en esta España convulsa de hoy hubiera sido, además, un caudillo. Su persona y su verbo hubieran estado en las trincheras populares. Y su pluma, de prestigio universal, hubiera sabido ganarnos la mejor batalla: la de difundir por todos los ámbitos del mundo la verdad y la justicia de nuestra causa.

J. F.

UN HOSPITAL DE GUERRA

La admirable organización sanitaria que un Sindicato de la C. N. T. aportó a la Sanidad Militar

Con los profesores médicos y el personal facultativo auxiliar, el comisario Antonio Iglesias presencia una de las intervenciones realizadas en el quirófano

En el círculo: Una escena del trabajo en el Hospital-Base. Allí se han arrancado las agujas a los relojes para que no marquen límites de trabajo a la jornada...

← Una de las amplias salas del Hospital Militar constituído sobre la base de una organización sanitario del Sindicato de la Industria Gastronómica

Antonio Iglesias, hoy comisario del Hospital Militar, va interrogando, cama por cama, a cada uno de los heridos, acerca de su estado y de sus necesidades

Al sol, que baña en gratas tibiezas las amplias salas por los grandes ventanales repetidos, charlan en grupos los soldados heridos menos graves o ya convalecientes que hubo que evácuar de Teruel. Mes y medio ya de lucha en aquel frente ha movilizado, en un admirable esfuerzo, este Hospital-Base, que es hoy el orgullo de la Sanidad Militar. Se oyen cada vez nuevos relatos de la gesta difícil y heroica que ha impreso con gruesos caracteres el nombre de la ciudad aragonesa en el mapa de la guerra española, en esa geografía de España que está aprendiendo el mundo.

Y entre esos relatos, un sólo afán y una sola confianza: vencer.

Pero como estos combatientes de la línea de fuego, en el Hospital-Base todos viven para ganar la guerra también. Ganándole a la muerte hombres para la vida, que es ganarlos para la guerra aún. Médicos, enfermeras, practicantes, sanitarios, personal auxiliar, militar y civil, bajo una dirección científica rigurosa y una orientación política entusiasta, han arrancado al reloj las agujas para que no señale límites de jornada al trabajo que ha de realizar cada uno.

Un poco de historia del Hospital-Base

Fué en los comienzos de la guerra, cuando partida España en dos pedazos, en el de acá—por la defección de tantos de aquellos hombres en cuyas manos puso el país la dirección de sus organismos más necesarios—casi habíase paralizado toda la actividad. La población civil—incorporadas al servicio de la lucha las escasas instalaciones sanitarias de que se disponía—carecía de un establecimiento clínico al que acogerse para el tratamiento de sus enfermedades. Entonces fué un hombre de la organización confederal, un afiliado al Sindicato de la Industria Gastronómica, el compañero Antonio Iglesias, el que hubo de improvisar—buscando material quirúrgico y aparatos para tratamientos donde se encontraran, asociando a su iniciativa los facultativos indispensables, arrastrando con su voluntad, forjada en las luchas sociales, la solidaridad de sus camaradas de sindical y de trabajo—aquel consultorio y hospital de la calle de Montesquinza, que, sin distinción entre militares y civiles, y entre los civiles sin diferencias de *carnet* antifascista, llegó a ser, en las circunstancias más difíciles, un ejemplo de instalación y de eficacia.

En el Hospital de la Gastronómica hubo un director facultativo, que es un eminente hombre de ciencia, el profesor don Esteban González Díaz, que puso al servicio del establecimiento no solamente su autoridad y su maestría profesional, sino también un valioso material de su gabinete clínico, al que los Sindicatos confederales añadieron después cuanto debía completar la dotación del centro sanitario más importante. Mientras tanto, el cuadro médico iba formándose con nombres de tan sólido prestigio científico como los doctores Sicilia, Becerro, Cifuentes, Aparicio, Cuadrado, Martín Romero, Cueto, Carpio, el joven cirujano que está revelándose como uno de los más hábiles operadores de nuestros quirófanos... Y con ellos, Antonio Iglesias, en asombrosa actividad que no concedía treguas para el descanso, atento siempre a las necesidades del Hospital y de los que al Hospital se acogían.

Hasta que una disposición del Gobierno, que lo consideró conveniente para el servicio de la guerra, obligó al traslado de aquel Hospital de la calle de Montesquinza, en Madrid, a otra ciudad estratégicamente situada en el plano de las operaciones militares.

—Para mí, que había puesto en aquella instalación todos mis entusiasmos y un caudal de esfuerzos que sólo se puede capitalizar con el logro de los ideales, dejar el Hospital de Montesquinza, ir desarmando pieza a pieza lo que tantos trabajos costó de armar, era un doloroso sacrificio—dice Antonio Iglesias—. Pero ante el enemigo, la obediencia al Mando es una condición para la victoria. Yo he sido militar también. Y lo aprendí en Africa, donde fuí cabo de gastadores del batallón de Cazadores de Madrid, y luché durante varios meses. Allí me hirieron en la toma del Fondak. Luego, al licenciarme, fuí sargento en el regimiento de Infantería de Burgos. Así, ahora, disciplinado, cargué con mi Hospital a cuestas hasta donde el Mando señaló.

Pieza a pieza. Iglesias recuerda cómo se hizo el traslado. Un día, el Hospital, con todos sus servicios en movimiento, actuaba en Madrid. Y veinticuatro horas más tarde estaba ya en actividad en la ciudad a que se le destinaba.

—Todo el personal se excedió entonces en el cumplimiento de sus obligaciones para que la labor del Hospital, de «nuestro» Hospital, no se interrumpiera—dice.

Pero en aquella labor, en el esfuerzo intenso que aquella labor consumía, se agotó la resistencia física del director. Y el doctor González Díaz hubo de ser sustituído por otro distinguido profesor, el doctor Blanco, en la dirección del Hospital.

Cómo se atiende a los heridos en el Hospital

El edificio consiente una instalación amplia y ventilada, con capacidad para ochocientas camas, con sus dependencias clínicas y auxiliares de quirófanos, radioterapia, baños, lavabos, duchas, laboratorios, farmacia, peluquería y desinfección, oficinas y almacenes.

Pero Antonio Iglesias, ahora en funciones de comisario—un comisario que llegada la ocasión se adelanta con una ambulancia a retirar heridos de las líneas de fuego, como un camillero más—, no desatiende la posibilidad de superarlo.

Y cama por cama, hombre por hombre, va interrogando a cada uno sobre lo que pueda faltarle. Y es el libro que un soldado quiere leer, y es el cigarrillo que otro quiere fumar, y es la carta que quiso escribir y no pudo, y el mismo comisario escribe con lo que el soldado le dicta. Y es el preguntar si la comida fué abundante y sabrosa.

—El Hospital de Montesquinza tuvo uno de los mejores cocineros de Madrid, José Maquivar, un veterano del Sindicato Gastronómico, ex jefe de cocina en varios hoteles madrileños de primer orden—pondera Iglesias—, que ahora, en este Hospital-Base, sigue cuidadando de que no falte en la alimentación de los heridos el punto y la variedad que antes ponía al servicio de una clientela de lujo.

—Que nada que deseen los heridos y se les pueda suministrar les falte. Que no se les regatee nada a los que en la defensa de la República se les pedía algo, que acaso era la vida, y lo daban sin regatear—añade Antonio Iglesias.

Y habla de Teruel. De donde el parte oficial ya dijo cada día, con ese laconismo que es el estilo exacto de un Gobierno que siente sus responsabilidades, la gesta heroica del Ejército republicano. Pero había que decir, porque aquel parte no lo dice, cómo también hay otra gesta, la de los médicos militares, la de los restauradores de energías de ese mismo Ejército en la retaguardia, la de los combatientes como este mismo Antonio Iglesias—dinámico, inquieto e incansable—detrás.

José ROMERO CUESTA

PUBLICITAS, S. A.
ADMINISTRACIÓN DE LA PUBLICIDAD DE
PRENSA GRAFICA
AVENIDA DE PI Y MARGALL, 9, ENTLO.
MADRID

HISTORIAS DE NUESTRA GUERRA

XIX

Buena casta

Por todo aquel campo había llovido metralla durante varios días.

La compañía que se había estado «batiendo el cobre» en primera línea recibió orden para ir a descansar y hacer noche en un pueblecito de la retaguardia con el que se había ensañado la artillería enemiga.

Como a dos kilómetros del pueblo, vimos que de un pequeño olivar salía a saludarnos un viejecillo, con el puño en alto y dándonos vivas a grandes voces.

Nos fué tan simpática la actitud del anciano, que nos detuvimos a conversar con él.

El viejo nos dijo que el pueblo adonde nos dirigíamos estaba evacuado totalmente y que no encontraríamos a nadie, pues los bombardeos de aquellos días habían alejado al vecindario. El era el único que no había querido irse.

Como la noche anterior y aquella mañana habían sido tranquilas, el buen viejo se había decidido a venir hasta aquel olivar, que era suyo. Se había traído unos sacos y unas varas; pero llevaba la faena despacio, y tenía para rato, a pesar de que el olivar era un pañuelo. Apenas contaba cincuenta olivos; pero tenía el mérito de que en cinco leguas a la redonda no había más que aquellos.

—Trabajaré hasta anochecido—dijo el viejo—, y me quedaré aquí a dormir. A ver si termino mañana, y poco a poco iré llevándome de aquí los sacos.

—Abuelo—dijo uno—si no estuviéramos tan cansados, te ayudábamos; pero como mañana nos dejen en el pueblo, venimos varios compañeros, y en un periquete te hacemos la recogida.

—Eso sí que no. Ya haréis oído decir a vuestros jefes que «la cosecha es sagrada». Está bien; pero añado yo: la cosecha para quien la trabaja, y si yo, que he cuidado los olivos, no trabajo también, cogiéndoles el fruto, no debe ser mío.

Nos reímos de buena fe de la sutileza del campesino, creyéndole desconfiado. El protestó entonces:

—No es desconfianza. ¿Para qué quiero lo que tengo? Es de mi hijo y, por tanto, vuestro, que sois sus compañeros. Y en prueba, ahí va esta llave. Es la de mi casa. No tiene pérdida. A la entrada del pueblo, la que tiene en el esquinazo la placa con el nombre de la calle, ésa es. Entrad sin reparo. En la cueva tengo un barrilillo con dos arrobas de vino clarete que no se bebe mejor en diez leguas a la redonda. Tomad un trago o los que queráis. Conque dejéis un par de litros para cuando vuelvan mis hijos que lo prueben, me conformo. La llave la dejáis puesta, o mañana la recogeré yo.

Se obstinó tanto, que no pudimos rechazar el obsequio, y seguimos para el pueblo. No llevaríamos andado un kilómetro cuando cruzamos con una camioneta de nuestro batallón que iba hacia el frente.

—Ahí, en ese pueblo—nos dijo el conductor—, se acaba de quedar un compañero que viene convaleciente de una herida y con permiso.

Llegamos al pueblo cuando ya anochecía. Y en la tercera casa, justamente en la que tenía en el esquinazo la placa con el nombre de la calle, encontramos a un soldado. Era, no hay que decirlo, uno de los hijos del anciano labriego. Estaba parado ante el portal de su casa cerrada, en el pueblo que tenía un silencio de muerte. En el puesto de vigilancia de la carretera le habían dicho que el vecindario estaba evacuado. Pero él se obstinó en quedarse allí:

—Porque—nos dijo—por mucho que haya pasado, me choca que mi padre se haya ido. El le tiene tal apego a la casa, al pedazo de tierra que siempre cultivó, que yo creí que era capaz de dejarse matar antes de abandonarlo. Y yo le conozco; palabra que dice, palabra que cumple.

Entonces le contamos nuestro encuentro con el anciano, sus propósitos y el obsequio que nos había ofrecido.

—Pues adentro, compañeros. Esta es vuestra casa. Abrid vosotros, que yo aun tengo abierto el balazo que me dieron en el brazo derecho, y no puedo.

Ni que decir tiene que aceptamos la invitación. Se sacó el barril de la cueva.

—Esperad, que yo sé dónde el abuelo tiene sus escondites.

Y nos guió a la cocina. Nos hizo quitar la trampilla de una despensa, y de allí nos obligó a tomar unos chorizos y un pedazo de queso riquísimo.

Ni que decir tiene que en poco tiempo, dado nuestro número, dimos un buen tiento al barril.

Veía yo que el barril se agotaba, y hube de advertir:

—Acordaos de lo que dijo el abuelo: que hay que dejar vino para cuando vuelva el otro hijo.

Y entonces, con una sonrisa triste, con una voz llena de viril serenidad, el muchacho dijo:

—No, compañeros. Podéis bebéroslo todo. Mi hermano no volverá. El mismo día que a mí me hirieron lo mataron a él. No quise que el abuelo supiera nada hasta yo decírselo. Mañana lo sabrá.

Un silencio heló nuestra alegría. Le dimos el pésame. Nos ofrecimos a ir a avisar al viejo para que supiera su llegada. El rechazó serenamente:

—No, no vendría. Ha dicho que tiene que recoger la aceituna, y no volverá sin hacerlo. Mañana yo iré allí. Pero bebed, compañeros, hasta que no quede una gota.

Jamás he visto un hombre más sereno. ¡Buena casta!

J. F.

Anécdotas de la guerra, contadas por los soldados

«¡Por si las moscas!»

Apenas median doscientos metros entre nuestra trinchera y la del enemigo. Es tierra de nadie. Erial removido por la metralla. En las noches de viento, un remolino de papeles rotos parece un crujir de ramas, un rumor de pisadas, y basta eso para que se arme en seguida un poco de «fregao». Sin embargo, de esta «tierra de nadie», por donde antes sólo nos llegaba el plomo enemigo, hace ya tiempo que raro es el día que no nos llega algo que tenemos el deber de esperar y respetar: un evadido, un hermano de los muchos que en el campo faccioso tienen sujetos solamente por el terror; pero que con las ideas y con el corazón están con nosotros, y sólo esperan una ocasión propicia para pasar a nuestro lado. Unas veces llegan, amparados en la obscuridad, en silencio; han aprovechado un descuido, y pueden acercarse a nuestra trinchera con poco riesgo. Pero otras veces la fuga es advertida, y los centinelas enemigos tiran contra el que se escapa, y nosotros tenemos que permanecer quietos para no coger entre dos fuegos al camarada fugitivo.

Al amanecer de uno de estos días pasados llegó a nuestra trinchera un evadido.

Llevado a la chavola de nuestro capitán, nos contaba, alborozado, su escapatoria. Había tenido suerte. Estaba de centinela en el parapeto cuando pensó en huir, y pudo hacerlo sin que se diera nadie cuenta. No se explicaba cómo, porque a pocos metros de él estaba de centinela otro soldado que era un «marrajo». Como no fuera que se hubiese quedado dormido, no concebía que no le hubiera visto pasarse. Lo cierto era que no había sonado ni un tiro.

En esto estábamos cuando otros compañeros llegaron a la chavola, diciendo:

—Mi capitán, ¡otro que se ha pasado!

Entró el nuevo evadido. Verlo el anterior, ponerse en pie y correr a abrazarlo, fué todo uno. Y lleno de asombro, decía:

—¡Pero tú! Ahora me explico que no me hayas visto. Porque éste—nos explicó—es el camarada que estaba de centinela en el puesto inmediato al mío.

Perdona, compañero, si ahora mismo te estaba juzgando mal. Yo creía que tú eras fascista hasta el tuétano. Hay que ver la de veces que te he sacado conversación, y tú no te has clareado. Por eso no me fiaba. ¡Cualquiera te decía nada cuando se te llenaba la boca de pestes contra los rojos!

Y el otro evadido contestó, riendo:

—Lo mismo me pasaba a mí contigo. No me fiaba. No es la primera vez que a uno de los nuestros lo han fusilado por confiarse a otro que creía un hermano, y era un confidente, un «echadizo» de los jefes. Tú me parecías de buena fe. Pero «¡por si las moscas!» Ahora, cuando vi—porque te vi perfectamente que tomabas el «tole», me dije: «De éste no hay duda». Y no habías tú andado diez metros cuando yo pegaba el salto también. «Si nos ven—pensé—, que nos maten juntos, como a lo que somos: ¡dos hermanos!»

Y los dos evadidos se abrazaron. ¿Cuántos millares como éstos habrá en el campo faccioso?—Edelmiro Ruiz Vera».

El mejor regalo

«Mucho agradece el combatiente todas las muestras de solidaridad que recibe de la retaguardia. Saber que detrás de nosotros hay todo un pueblo que se interesa por nuestra lucha, por nuestras necesidades; que está pendiente de nosotros, es cosa que nos conforta y sostiene tenso el espíritu, con la seguridad de que nuestro esfuerzo no pasa inadvertido y que nuestro sacrificio no será estéril.

Mucho agradecemos, pues, cada vez que a las trincheras llega un envío, un obsequio bien de víveres, de tabaco o de otros objetos. Pero, sin disputa alguna, el mejor regalo, el que el combatiente que lleva tiempo en el campo agradece y recibe con mayor alegría, es una carta. Sólo los que estamos peleando sabemos todo el valor que tiene una carta, la ansiedad con que se espera.

Por eso, me impresionó tanto esta escena que voy a contar:

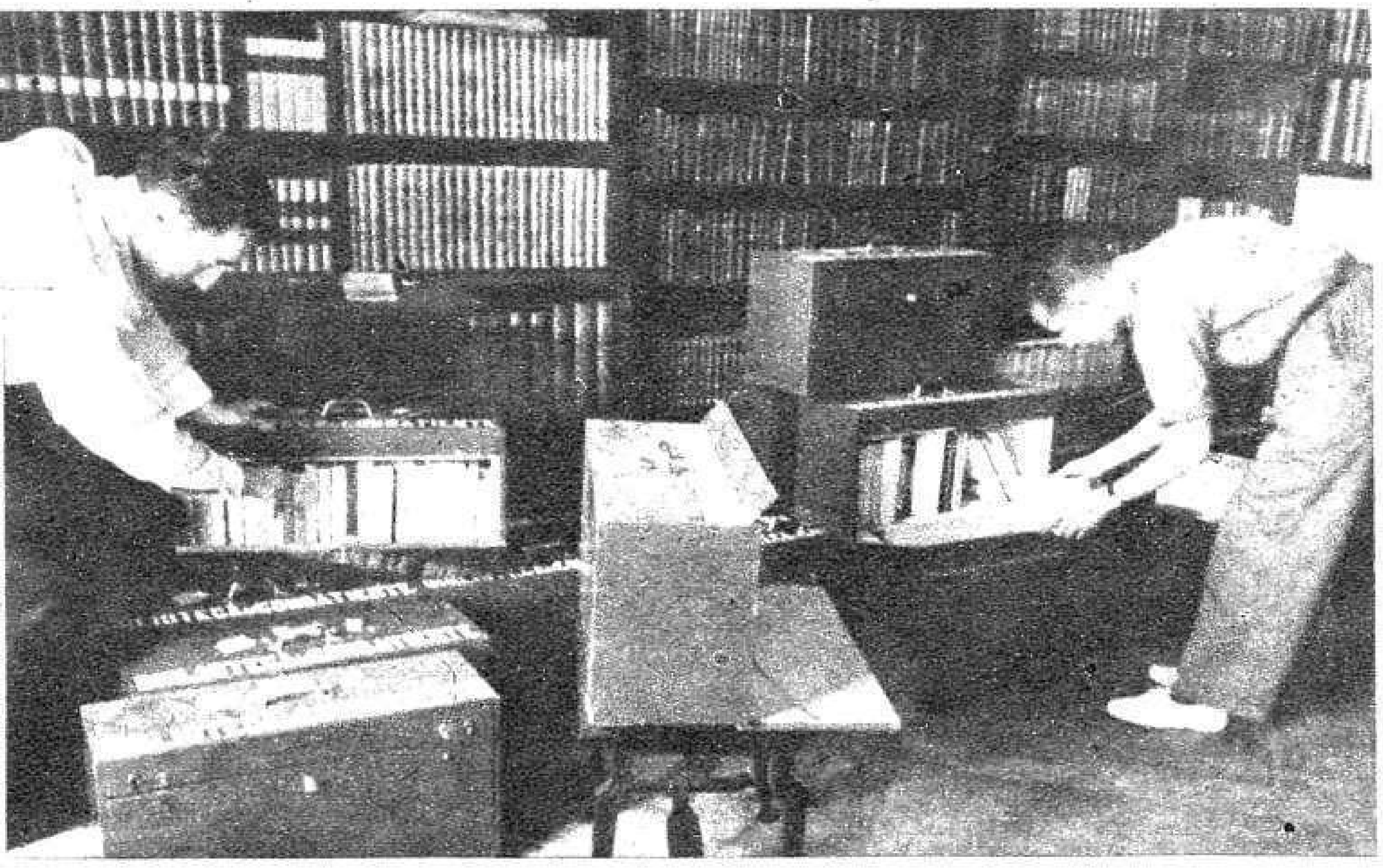
Habíamos llegado al anochecer al pueblecillo donde recibimos orden de pernoctar. Después de alojada la tropa, se montó guardia en las dos carreteras de acceso al lugar. Hacía una noche espantosa, de frío y de lluvia. Como hacia las nueve nuestros centinelas dieron el alto a un individuo que, chapoteando por en medio del camino, iba a entrar en el pueblo. El hombre, sorprendido, pues no esperaba encontrar vigilancia, y medio helado, apenas acertaba a hablar.

Al fin pudo explicarse. Era el cartero del pueblo. El correo pasaba por la estación, distante tres kilómetros, a las ocho de la noche. El emprendía el camino antes de que anocheciera, y ahora regresaba con la correspondencia. Le aconsejamos que fuera más prudente. Era peligroso caminar en la obscuridad, y estuvo expuesto, por no acertar a responder al centinela, a que le descerrajaran un tiro. Con una noche así podía haberse esperado a venir con las cartas por la mañana.

—Eso—nos dijo—he hecho siempre en el invierno. Me quedaba a dormir en la estación, y venía al pueblo ya de día. No creáis que con mis años y mi reuma estoy para andar de noche por el campo. Pero desde que empezó la guerra, en cuanto cojo las cartas, no me puedo contener y echo a andar. De este pueblo hay un puñado de soldados en los frentes. Y yo sé con la angustia que las mujeres esperan noticias. Me doy el mal rato; pero les adelanto la carta unas horas. Yo sé la alegría que es eso. Como ya estoy viejo, el alguacil me ha querido sustituir en estas noches malas. Pero no he querido. Yo también tengo dos hijos en el Ejército, ¡y estaría bueno que siendo el cartero cogiera nadie las cartas de mis muchachos antes que yo!—Manuel Robira».

¿Qué has visto, soldado del pueblo? ¿Qué suceso de la guerra que haces te ha impresionado más? Cuéntanoslo para nuestro público. No se te piden sutilezas de expresión ni primores literarios. Cuéntanoslo como tú sepas, como tú hablas, como tú escribes a tu madre, a tu novia o a tu hermano, que de nuestra cuenta corre el disimular cualquier posible incorrección retórica. Nada de literatura, a ser posible, y, desde luego, nada de política de partido. Sencillamente. Y brevemente también. Que el papel, como a todos, no nos sobra, y no podemos dedicar a nada mucho espacio. Advertencia importante: nos interesa la anécdota, el hecho, y no el sitio, que no debe darse a la publicidad, para evitar posibles imprudencias. Semanalmente MUNDO GRÁFICO *recogerá los motivos destacados de esos relatos de los combatientes.*

LA BIBLIOTECA DEL COMBATIENTE



Veinticinco mil libros para los soldados

Estas son las bibliotecas que el S. R. I. está repartiendo estos días a las fuerzas del Ejército del Centro

De Valle-Inclán a Salgari, y de Lope de Vega a Edgar Wallace

En la vida española, no deja nunca de tener actualidad la vieja frase de Joaquín Costa: «Todo español defenderá a su patria con un libro en la mano». Ahora, también, junto a los fusiles, los libros. Mientras las balas cantan su canción de muerte, los libros—en las mismas trincheras—hablan su lenguaje de noble y alta emoción. Hasta tal punto, que este afán de mejoramiento espiritual, esta nueva ambición de cultura, esta preocupación por las bellas tareas del pensamiento, es uno de los signos distintivos de nuestra lucha. Se combate, y al mismo tiempo—escuelas, bibliotecas, cruzada contra el analfabetismo—se va creando un ambiente de mejoramiento intelectual. Es como una consigna que recorre hoy todos nuestros campos y nuestras ciudades, nuestros frentes de guerra y nuestras zonas de retaguardia.

En estos días, muchas nuevas bibliotecas llegan a las trincheras, a los cuarteles, a los hospitales. Son las que ha creado el S. R. I., como haciendo suya la vieja frase de Joaquín Costa, e interpretando, una vez más, aquel sentido de mejoramiento cultural que esta guerra lleva consigo. El fusil en la mano. Pero también, en las pausas del combate, cuando cañones y ametralladoras han cesado en su duelo de muerte, el libro en esa misma mano que hace poco dejó de empuñar el fusil.

Esta Biblioteca del Combatiente está formada por un cajón-maleta portátil, de fácil transporte—teniendo en cuenta que las unidades se trasladan de un sitio a otro—y por cerca de medio centenar de libros. Todos los autores y todas las tendencias están representados en la biblioteca: la literatura amena y los libros de iniciación cultural; los versos y el libro de aventuras; la novela y la cartilla escolar. Desde Valle-Inclán a Salgari; desde Lenormand a Isaac Abeytua; desde Cervantes a Gonzalo de Reparaz... Biografías, reportajes, dibujos de Martínez de León... Las bibliotecas se han ido formando con un criterio de no exclusividad, con un sentido amplio y justo de lo que debe ser un equipo de libros para este fin y en esta hora. Junto a obras de sólida envergadura literaria, otras que son puramente amenidad y distracción. Y otras que son iniciación, primer paso en las disciplinas del saber: Gramática, Geografía, cosas pintorescas y curiosas, respuestas al porqué de muchas interrogaciones que el mundo y la Naturaleza plantean a diario...

Cuatrocientas cincuenta bibliotecas, con un total de 25.000 volúmenes, han sido entregadas a las unidades del Ejército del Centro; no sólo a las tropas de combate, sino también a las auxiliares—Tren, Intendencia, Sanidad—, a los hospitales, etc.

Se han formado también bibliotecas para las Brigadas Internacionales. No era fácil tarea reunir hoy en Madrid libros escritos en las distintas lenguas de los soldados de aquellas unidades. Pero se ha conseguido, y cada biblioteca de éstas tiene libros en dos idiomas, según la unidad a que se destinan: español y francés, español e italiano, español e inglés...

—Naturalmente—habla Lobo, uno de estos infatigables muchachos de la Sección de Cultura del S. R. I.—, queremos mejorar todo lo hecho hasta ahora. Remitir, con destino a las bibliotecas ahora enviadas, nuevas obras. Pero no es esto tan sencillo como a primera vista parece, porque no se imprime ni se reimprime casi nada. En esta lucha de España, el libro nos parece una cosa fundamental.

Exacto. «Todo español defenderá a su patria con un libro en la mano». Entre el clamor de la lucha parecen escucharse, inmateriales y hondas, las viejas palabras.

Un compañero de Prensa Gráfica muere en el frente de Teruel

Gregorio Rojo, obrero en los talleres de nuestra Casa, se había alistado al iniciarse la guerra en las Milicias Gráficas y tomó parte en las acciones que estas fuerzas sostuvieron en aquella primera etapa de la lucha. Después, nuestro camarada ingresó en el Cuerpo de Carabineros, en el que alcanzó el grado de teniente. Ahora, en la batalla de Teruel, Gregorio Rojo ha encontrado la muerte luchando heroicamente al frente de sus fuerzas. Por su bondad, por su gran espíritu de trabajo y de compañerismo, Gregorio Rojo deja en cuantos con él convivimos, un recuerdo imborrable. Descanse en paz nuestro llorado camarada

Se está organizando en Madrid el ARCHIVO DE LA GUERRA

En él se llevan recogidos ya más de cuatrocientos periódicos y de setecientos carteles

La contienda mundial determinó la creación de archivos y bibliotecas de la guerra en los países que en aquella lucha intervinieron. A los veinte años de la hoguera de entonces, nuestro drama se ofrece también rico en contenido dramático, en emoción patética, en significación política y social. No ya sólo para nuestro país, sino para Europa entera, tiene nuestra lucha un interés apasionante, y habrá de determinar en lo futuro resonancias y consecuencias de un alcance extraordinario.

Como aquella contienda mundial, esta lucha nuestra de hoy tendrá también sus bibliotecas y sus archivos: estancias en las que se recoja toda la documentación en torno a las figuras y al ambiente de la guerra de España. Pero toda esa labor de recogida y acopio de materiales no puede quedar para luego, para cuando la lucha se haya extinguido. Ello equivaldría a la pérdida de muchos materiales que después sería dificilísimo encontrar. Por eso el archivo de la guerra española está ya en marcha, por disposición del Ministerio de Instrucción Pública dictada en Julio del año último. Al crearse el Archivo, la guerra duraba ya un año, y esto (nadie en los primeros tiempos podía prever la duración y la magnitud de la contienda) ha hecho que muchos materiales se hayan perdido o sean de muy difícil hallazgo. Sin embargo, a fuerza de tenacidad y de fervor, se han podido recoger muchos de aquellos materiales correspondientes a la época heroica y primitiva de nuestra lucha, cuando el Archivo no se había creado todavía.

Una de las numerosísimas tarjetas de campaña que se han recogido en el Archivo de la Guerra

Figuran en este Archivo, por duplicado, los impresos de todas clases que desde Julio de 1936 vienen publicándose, más o menos en torno a la guerra (y aun los no relacionados con la guerra, porque siempre contribuirán a reconstruir el ambiente y los perfiles de esta trascendental hora de España). Libros, revistas, diarios, folletos, pasquines, carteles, tarjetas, hojas sueltas, manifiestos... En todos estos impresos buscarán los futuros historiadores de nuestra lucha las figuras, los hechos y el fondo de la guerra.

No hay aspecto, de lo publicado durante la guerra, por nimio o trivial que parezca, que no esté recogido en el Archivo. Así, por ejemplo, además de lo indicado ya, mapas y planos, retratos de personalidades españolas y extranjeras, estampas y dibujos alegóricos, tarjetas postales de campaña, pliegos de soldados, recortables; sellos de cotización y de donativo, moneda fraccionaria, cartillas de abastecimiento, *carnets* y documentos de identidad, estatutos sindicales, abanicos, almanaques... Y hasta otros impresos más secundarios aún, como los usados en las unidades militares: salvoconductos, partes de operaciones, nóminas, estadillos de municionamiento, vales, fichas, etc.

Suman varios millares los impresos de mano—proclamas, manifiestos, consignas, programas de actos públicos—y los pasquines de tamaño pequeño. Están editados por organizaciones políticas y sindicales y por los Comisariados de las unidades militares. Entre el material de propaganda destinado al campo enemigo y recogido aquí figuran hojas redactadas en árabe, en portugués, en italiano, en alemán...

Algunas cifras darán idea de cuanto aquí se lleva recogido: más de cuatrocientos modelos de tarjeta postal, cerca de setecientos libros, folletos y opúsculos; cuatrocientos periódicos y setecientos cincuenta carteles.

En esta elevada cifra de carteles (y no están todos, porque se han perdido bastantes de los primeros días) figuran, en primer lugar, las Juventudes Socialistas Unificadas, con 79; siguen después, en número aproximadamente igual (medio centenar) la Casa del Pueblo y la U. G. T., la C. N. T. y las Juventudes Libertarias, el Partido Comunista, la Junta de Defensa... El Socorro Rojo figura con cuarenta; el Ayuntamiento de Madrid, con 37; el Ministerio de Instrucción Pública, con 34... A través de los temas y las leyendas de estos carteles se pueden seguir—de las Milicias Populares al Ejército Regular—las fases y la evolución de la guerra; se puede ir reconstruyendo el espíritu, el tono, la preocupación y la pasión de la lucha en sus distintos momentos.

Esta misma evolución se advierte en otros muchos aspectos del material recogido. Por ejemplo, en los periódicos primitivos de las Milicias y en las nuevas revistas militares, de magnífica presentación.

Se quiere ampliar el Archivo—y así se ha propuesto a la Superioridad—con reproducciones fotográficas de carteles de los que sólo se expuso al público el original; de periódicos murales y de ornamentaciones de fachadas y sitios públicos con motivo de determinadas fechas.

La labor hasta hoy realizada por los que tienen a su cargo la organización de este Archivo de la Guerra es meritísima. Ha de vencer, a fuerza de tenacidad y de entusiasmo, esa típica pereza española, ese «quédese para mañana» de tantas cosas nuestras. Conseguir, a veces, cualquier impreso cuesta pedirlo uno y otro día, insistir machaconamente. Y, sin embargo, muchos—particulares, organizaciones—podrían ayudar a la formación de este Archivo con el envío de impresos que, de seguro, tienen en su poder y que por pereza o por desconocimiento no han remitido. Con ello harán, el día de mañana, más completa la reconstrucción de esta hora apasionada y trágica de España.

SECCIÓN DE ANUNCIOS TELEGRÁFICOS

10 PALABRAS: PTAS. 4,15 **CADA PALABRA MÁS: 40 CÉNTIMOS**

TAQUIGRAFIA, por Martín Eztala. Redactada forma que hace innecesario profesor. Sexta edición, 6,50. Provincias, 7 pesetas. Librería Moya. Carretas, 37. Madrid.

PARA anunciar en esta sección diríjase a «Publicitas». Avenida de Pi y Margall, núm. 9, entresuelo.

EL IMPUESTO DEL TIMBRE A CARGO DE LOS SEÑORES ANUNCIANTES

APOPLEJIA -PARALISIS-

Angina de pecho, Vejez prematura y demas enfermedades originadas por la **Arterioesclerosis** e **Hipertensión**

Se curan de un modo perfecto y radical y se evitan por completo tomando

RUOL

Los síntomas precursores de estas enfermedades: ***dolores de cabeza, rampa o calambres, zumbidos de oidos, falta de tacto, hormigueos, vahidos (desmayos), modorra, ganas frecuentes de dormir, pérdida de la memoria, irritabilidad de carácter, congestiones, hemorragias, varices, dolores en la espalda, debilidad***, etc., desaparecen con rapidez usando **Ruol**. Es recomendado por eminencias médicas de varios paises: ***suprime el peligro de ser víctima de una muerte repentina;*** no perjudica nunca por prolongado que sea su uso; sus resultados prodigiosos se manifiestan a las primeras dosis, continuando la mejoría hasta el total restablecimiento y lográndose con el mismo una existencia larga con una salud envidiable.

VENTA. Madrid, F. **Gayoso, Arenal, 2; Barcelona, Segalá. Rbla Flores, 14. y principales farmacias de España, Portugal y América**

DOCE ESCENAS DE GUERRA

Maravillosos dibujos a todo color, de "SIM", el pintor de la Revolución.

Encuadernadas en un álbum de 27 x 28 cms. Peso, 110 gramos. 5 ptas.

EDICION DE GRAN LUJO. En forma de calendario 1938, en hojas mensuales. 27 x 37 cms. Peso, 250 gramos. 6 ptas.

CALENDARIO HOMENAJE a MADRID, 1938. 14 fotografías 12,50 x 23,50 centímetros. Peso, 65 gramos. 2 ptas.

Descuentos a revendedores y por cantidades.—Envío mínimo, 6 ejemplares.—Damos preferencia a los pedidos que vienen con su importe.

EDICIONES Y REPORTAJES.-Claris, 20.-BARCELONA

Mademoiselle DOCTOR

La vida y las aventuras de una espía extraordinaria

VII

Un papel en el viento

Una «panne» en el camino

Ana María, al verse en el campo de maniobras de Beverloo, siente que en ella palpita, con latidos nuevos, su amor de siempre: su amor por las cosas militares, heredado del padre, que duerme ya el sueño eterno. Su expresión y su palabra reflejan ese entusiasmo. Contempla y pregunta infatigablemente. Pasan por entre fuertes y casamatas. Hallan paso franco en todas partes, por ser un militar el que conduce el coche.

Al sexto día de excursión siguen casi paralelamente la línea de la frontera con Holanda. Una *panne* obliga a detener el coche. Austin desciende y empieza a revisar el motor. Entretanto, Ana María saca su libro de notas y arranca de él una hoja, en la que se dispone a apuntar algunos datos.

—¿Cuánta bencina hemos gastado en este tiempo? ¿Y cuántos kilómetros llevamos recorridos? Tengo la curiosidad de apuntarlo.

El oficial le responde. La pequeña avería está ya subsanada. Pueden continuar el viaje.

Cuando Ana María se dispone a meter la hoja dentro del libro, el papel se cae. Es una tarde de viento, y el papel va de un lado para otro, cada vez más lejos. René Austin quiere cogerlo y sale corriendo tras de él.

Se ha perdido un papel

Pero el viento es fuerte, y aleja cada vez más de allí a la leve hoja de papel. En el rostro de Ana María se refleja una cierta inquietud.

—¡Déjelo usted!—grita la muchacha al teniente.

Austin continúa corriendo tras el papel, que se escapa y se escapa. Ana María corre también en busca de la hoja. El papel va a caer, por fin, a una cuneta, y el teniente, para cogerlo, da un salto hasta el otro lado. Un seto oculta de Ana María a René Austin. Ella no ve lo que éste hace. Tras unos momentos, el teniente da un nuevo salto y vuelve al camino.

—No he dado con él—dice—. Ha caído en un charco, y se ha perdido.

No dice más. Vuelven en silencio al coche. Austin pone en marcha el motor, y el vehículo arranca a una gran velocidad. La expresión del teniente ha cambiado. Disimuladamente lo mira Ana María; está pálido y se muerde los labios en silencio.

El peligro de unos instantes decisivos

Ana María siente que esos instantes pueden ser decisivos para ella. Y está dispuesta a luchar a vida o muerte. Su suerte depende de su decisión.

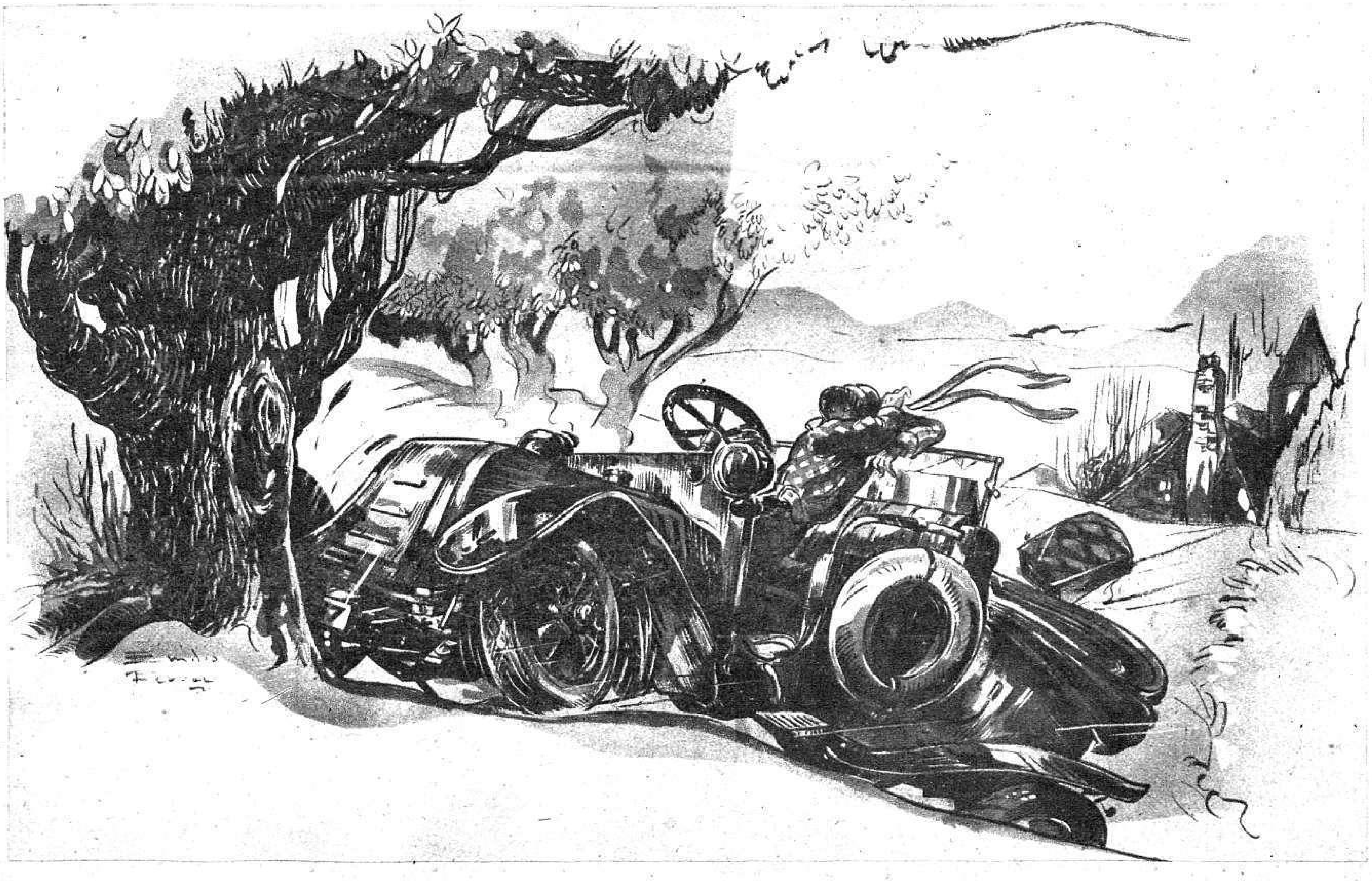
El teniente Austin aminora la marcha del coche. Se están acercando a un pueblecito. Llegan a un cruce de caminos. Al fondo, a unos cien metros, se ven las primeras casas. En el cruce, a un lado, está el destacamento de la gendarmería.

Austin frena el coche con tal violencia, que los frenos crujen. En todo este tiempo no ha dirigido una sola palabra a la muchacha. En el rostro del teniente se acusa una cólera reconcentrada y silenciosa. Sin decir nada a Ana María, salta del coche. Con paso apresurado se dirige hacia la gendarmería inmediata. Y llama gritando:

—¡Gendarme! ¡Gendarme! ¡Venga en seguida!

Ana María no tiene segundos que perder. Desde su asiento, rapidísimamente, pisa con un pie la toma de esencia, y con el otro, la velocidad. Embraga, coge con la mano el volante, y de un salto cambia de asiento.

El coche sale vertiginosamente en primera, pues la muchacha no sabe cambiar la velocidad. En una vuelta, sin que Ana María pueda evitarlo, el vehículo penetra en un bosquecillo. Trata ella de frenar, mas no puede impedir el choque contra un árbol. Tiene solamente el tiempo preciso para lanzarse fuera, sea como sea.



La carrera frenética

Ana María ha caído al suelo al lanzarse del coche. Este, en marcha todavía, va dando volteretas, llega hasta la cuneta y se incendia después. Una violenta llamarada asciende de él.

Ana María se incorpora. Sin pararse siquiera a mirar si se ha herido en el encontronazo con la tierra, corre y corre. Tropieza aquí y allá, pero no hay obstáculo que la detenga en su frenética carrera. Sabe que así se aleja de la muerte, que sólo así podrá salvarse. Y corre, corre, mientras sus ojos anhelantes buscan un lugar seguro, y su corazón palpita descompasadamente en el pecho.

Se encuentra, por fin, en una senda estrecha. Sigue por ella, y a su término ve la orilla de un canal. Se detiene, respira gozosamente; aquello puede ser la salvación.

Hay en el canal una gran barcaza, que se desliza suavemente sobre las aguas, movida a motor. Ana María se quita sus ropas, hace con ellas un atadijo, que coloca sobre la cabeza, y se lanza al agua. Nada unos instantes, y en seguida se ve junto a la barcaza. Se ase a uno de sus bordes, y sube rápidamente a la embarcación. Al verse sobre ella, se tira al suelo, para que desde la orilla no puedan verla.

El barco es viejo. Y viejo el marinero que lo tripula. Al ver la imprevista y maravillosa aparición, el buen hombre se queda absorto. Tan absorto, tan desconcertado, que de sus labios cae la pipa en que estaba fumando.

Un viejo marinero gana, sencillamente, tres mil francos

Ana María afronta y domina inmediatamente la situación. Se dirige al viejo, que la está mirando sin pestañear.

—Estos tres mil francos—dice—serán para usted. No importa que estén un poco mojados. Serán para usted si me pasa al otro lado de la frontera. Pero ha de llevarme muy bien escondida; me persiguen los gendarmes por haber querido pasar unos brillantes de contrabando. Conque ya lo sabe usted. Aquí los tres mil francos. Tómelos.

El marinero llama a alguien. Y de las entrañas de la barcaza surge la esposa del buen viejo. En la cala del barco hay, muy disimulada, una puertecilla, oculta por un montón de trastos viejos, de cosas aparentemente inútiles, pero que cumplen muy bien su misión de disfrazar la entrada. Tras la pequeña puerta hay un espacio angosto, mas suficiente para que en él quepan dos personas, unos almohadones y unas mantas.

Allí se refugia Ana María. Se seca, se cubre con unas mantas, mientras la mujer del marinero se lleva las ropas mojadas. Toma una y otra taza de té muy caliente. Su cuerpo reacciona de la mojadura y del sobresalto. El corazón le late aún violentamente.

La embarcación avanza con lentitud. El buen viejo la dirige, encantado de aquella imprevista aventura que le va a proporcionar varios miles de francos. Su mujer trae ya seca la ropa de Ana María. Esta se viste en aquel rincón de la cala del barco.

Ya pasan la frontera. Ana María sale de su escondite y mira al cielo, contenta de su buena estrella. Entrega el dinero a sus dos salvadores. Y luego, riendo, da al viejo un beso en la boca.

Se despide de ellos, y salta a tierra que es ya de Holanda.

En el próximo número: VIII.—UNA PINTORA CON GAFAS

PALACIO de la MUSICA
EXTRAORDINARIO
EXITO DE LA GRAN
SUPERPRODUCCION
Tripulantes
del CIELO
CREACION DE
ANNABELLA
y
JEAN MURAT

Ha muerto el autor de

"LA HERMANA SAN SULPICIO"

La anécdota del parecido con Pablo Iglesias

Bajo un día de este invierno de guerra se ha extinguido en Madrid la vida—larga, plácida y feliz—de don Armando Palacio Valdés. La lucha absorbe todo, silencia todo lo que no sea ella misma, y esto ha hecho que el gran escritor se haya ido calladamente, sin el eco abundante y extenso que su muerte hubiese tenido bajo otras circunstancias.

Don Armando llena, con Galdós y con Blasco Ibáñez, toda una época de la novela española. Ante el Extranjero—hubo novela suya que se tradujo a diez idiomas—, su figura era una de las más representativas de nuestra literatura contemporánea.

Su salud se había quebrantado mucho en estos últimos tiempos, y, sin embargo, no moría en don Armando aquella sensación sonriente y clara que daba siempre y que se acusaba en todo: en la viveza de los ojos azules, entre ingenuos y burlones; en la nieve de la cabeza y de la barba, en el tono encendido del rostro, en la inquietud del cuerpo menudo y ágil.

Aquella cabeza—de hombre bueno, apostólica—de Palacio Valdés... La vida del escritor era ya tan larga—más de ochenta años—, que casi todo en su conversación era ya recuerdo, emoción y anécdota de hora distante. Al novelista que acaba de morir le gustaba recordar, a propósito de aquel rostro suyo, los parecidos de su cabeza con los de algunos políticos de su tiempo: Moret, Maura, Pablo Iglesias...

—Mi retrato—decía—, que para unos es de político, para otros no está a tono con el arte. Creen que con esta cara apacible, con esta expresión burguesa, con esta cara cuidada, no se puede ser artista. Querrían una melena revuelta, un gesto rebelde, una barba enmarañada... Una vez, en un periódico norteamericano iban a publicar una información sobre mí.

Me pidieron un retrato, y yo se lo envié. El retrato, tenía, como es natural, la misma expresión tranquila y la misma barba cuidada de todos mis retratos. ¡Y cuál no sería mi sorpresa al encontrarme luego en el periódico con un retrato de expresión muy ceñuda y de encrespada barba! Sin duda, la fotografía que yo enviaba parecía «poco de artista». En cuanto a mi parecido con políticos, puedo recordar también alguna cosa pintoresca. Cuando se inauguró, hacia 1920, el Teatro Victoria, en Madrid, se expusieron en su vestíbulo algunas fotografías del teatro que lleva mi nombre en Avilés y que es de la misma factura que aquel coliseo madrileño. El teatro de Avilés tiene en su sala un gran retrato mío, que se veía perfectamente en la fotografía expuesta en Madrid. Dos hombres paseaban por el vestíbulo. Y uno de ellos, ante la fotografía en que se me veía a mí, decía: «¡Pero, hombre!... ¿A santo de qué pondrán a Maura en la sala de un teatro?...» Y otra vez, yendo yo en tranvía, el cobrador se me acercó con gran respeto, quitándose la gorra, y empezó a hablarme, con una emoción y un entusiasmo que al principio me sorprendieron. Me hablaba de las ideas socialistas, de las nuevas organizaciones obreras, de la labor que yo me proponía realiza en el Congreso. Y hasta que le saqué de su error, el buen hombre creyó que estaba hablando con Pablo Iglesias.

Mientras recordaba don Armando estos perfiles de anécdotas, reía: risa total de sus ojos azules, de su piel encendida, de su boca feliz. No imaginaba entonces que su muerte, bajo el gran drama de España, estuviera ya cerca, rondándole.

Don Armando Palacio Valdés iba estos últimos años, en los días de buen sol, a pasear al Retiro. Vedle aquí, con su esposa. Un público de curiosos acompañaba frecuentemente al novelista que había creado «El cuarto Poder», «Marta y María» y «Los majos de Cádiz»

Uno de los últimos retratos del ilustre autor de «La Hermana San Sulpicio», hecho en su casa de Madrid, cuando todavía don Armando, de tarde en tarde, lanzaba un libro al mercado literario

Talleres de Prensa Gráfica, S. A., Hermosilla, 73, Madrid
(Printed in Spain)